

EL ARTE CONSTRUCTIVO EN MÉXICO Y LATINOAMÉRICA

POR: SEBASTIAN

En un trabajo anterior que publicamos para el Centro de Estudios del Estructuralismo de Bélgica, expusimos una serie de ideas sobre la “Geometría sensual en el Arte Latinoamericano”.

Retomaré algunas de esas ideas con el fin de revisarlas junto a ustedes y, llegado el caso, desecharlas o confirmarlas.

Siempre que hablo de Geometrismo, especialmente de geometrismo latinoamericano, no puedo dejar de mencionar una serie de ensayos publicados en Brasil, que fueron recopilados en un libro-catálogo correspondiente a la gran exposición *Arte Constructivo*, que se llevó a cabo en Río de Janeiro en 1978, y en la que México estuvo representado por obras de Vicente Rojo y mías.

El título del libro, *América Latina, geometría sensible*, y la exposición misma, me parecen reveladores; tanto porque aglutinan y clarifican las manifestaciones plásticas de esa índole, existentes hasta ese momento, cuanto porque definen una postura plástica de trascendencia capital.

La importancia del arte constructivo en la hora actual no la invento yo, ahí está, vivo y pujante, ganando terreno en las urbes y en las conciencias de América y del mundo.

El geometrismo latinoamericano tiene características muy específicas; no es fortuito que voces tan calificadas como Manrique, Bayón, Pellegrini, Pontual, Moaris, Torres Agüero o Ramírez Villamizar, hayan acuñado términos como: Geometrismo Orgánico, Geometría Sensible, Geometrismo Vitalista, Geometría Caliente o Geometrismo Lírico.

Tampoco lo es que todos ellos coincidan cuando dicen que en las más antiguas raíces del arte latinoamericano se sustenta una real “vocación constructiva”, que si bien florece y toma fuerza casi paralelamente al momento europeo, no es simplemente un trasplante de modos y formas —como aseguraron algunos—, pues de haberlo sido, el lenguaje constructivo no hubiera adquirido esa pujanza y, sobre todo, ese carácter tan *sui generis* que tiene como manifestación particularmente americana. Y para muestra baste un botón. En países como México, precisamente uno de los que cuentan con una tradición prehispánica más rica y viva, es donde hoy se construyen proyectos como el gran Centro del Espacio Escultórico de la Ciudad Universitaria.

Los pueblos latinoamericanos comparten un pasado indígena (en su gran mayoría), que les deja por herencia una tradición geométrico-simbólica muy importante, debido a la fuerte impronta que deja en la memoria histórica de esos pueblos, y muy interesante por la presencia de un lenguaje preponderantemente abstracto, cargado de símbolos e indudablemente constructivo.

En la época precolombina el arte “traduce” el mundo real. Expresa el concepto del cosmos que el hombre tiene en una especie de código geométrico-simbólico que, no por ser abstracto, se aleja del pensamiento del hombre común. Es el caso de un lenguaje abstracto verdaderamente popular.

Pero, para no tener una visión maniquea de la Historia, debemos contemplar la otra vertiente, la cultura europea que trae al nuevo mundo un espíritu de "apertura" (con este término me refiero a esa amplia visión del mundo que tenía España en el momento de la colonización), así como muchas otras aportaciones más concretas en lo que toca al arte, pero de las cuales no nos interesa ocuparnos por el momento.

Así, durante la época colonial y hasta el México independiente, el proceso de integración de la cultura y las ideas en general se lleva a cabo con "la mirada puesta en Europa". Aun en los movimientos independentistas de los pueblos latinoamericanos las ideas del viejo continente son modelo, fundamento y tesis.

Nace entonces una cultura distinta a lo largo de toda América, que se caracteriza por estar enraizada en la prehispanidad, estrechamente ligada y abierta a su influencia, al mismo tiempo, a la cultura europea.

En tiempos de la Revolución Mexicana, los dos Méxicos son revalorados y aparejados bajo un nuevo concepto de cultura: "La cultura popular antielitista".

La larga relación con Europa y esa revaloración de la cultura precolombina, producto de la Revolución, provocan en nuestro país el ambiente favorable para que aquella "vocación constructiva" de la que hablamos al principio, que se encontraba latente, germine en un resurgimiento de la abstracción geométrica.

Claro está que existieron además otros factores para que este fenómeno se diera, como por ejemplo el advenimiento de los grandes "mensajeros del arte internacional".

Ellos, con sus obras o sus palabras abrieron las conciencias de los jóvenes de la generación de los cincuenta, a un modo de expresión que subyacía en cada uno simplemente por haber nacido y haberse educado en este país, y que sólo necesitaba un pequeño estímulo para convertirse en una intensa, profunda forma de expresión artística que ha dado por resultado obras de magnitud creativa y material raras en el resto del mundo, como es el Centro del Espacio Escultórico; obra auspiciada por la Universidad Nacional Autónoma de México, reunió para su concepción a seis de los principales representantes de las últimas generaciones de escultores de México.

A mi modo de ver, esta obra magna conocida en todo el mundo, resume los últimos treinta años de búsqueda de la escultura mexicana y apunta el nacimiento de lo que podríamos llamar la "Nueva Escuela de Escultura".

Quiero aprovechar la ocasión para tratar de dibujar los perfiles que podrían definir a esa "Nueva Escuela de Escultura". Con ello terminará mi discurso y daré principio a un período de meditación y consideración de las ideas que les voy a plantear; luego, en sesiones regulares de trabajo, invito a mis colegas a debatir puntos de vista con el fin de entender mejor el proceso del arte escultórico hasta el momento actual.

Pido disculpas por el desorden en que he de hablar del tema, también, por las posibles deficiencias o falta de claridad en la exposición de mis ideas; todo se debe a que son los primeros pasos que doy en el análisis de una tendencia que apenas nace y que por lo mismo no permite tener mucha perspectiva histórica.

Tal vez, la más importante de las aportaciones de esta nueva visión plástica escultórica sea la de la transformación del concepto de escultura por el de "espacio escultórico"; esto implica, también, un cambio en la noción de "espacio social", de "espacio colectivo", y, consecuentemente una reevaluación de la función social del arte.

Además, existe en esta nueva mentalidad una más crítica y profunda actitud de valoración de las herencias culturales; actitud que permite el rescate de esos valores del pasado y propicia la reinterpretación de nuestro mundo con la subsecuente propuesta de soluciones nuevas.

La integración de un código formal congruente con los postulados anteriores también es preocupación de los que participan de esa nueva conciencia plástica y, en ese aspecto, creemos que el arte escultórico constructivo monumental y público juega un papel muy interesante, que mantiene vigente la relación del arte con el público en un diálogo vigoroso y enriquecedor.

En realidad, el arte constructivo latinoamericano tiene dos cosas que definen y aseguran no sólo su permanencia en el tiempo-espacio sino su fuerza y coherencia con el mundo actual. Por un lado, la idea de racionalidad en cuanto capacidad para ordenar el caos; por otro, su contacto con la realidad objetiva (la naturaleza). Constructividad y sensualidad convergen y conviven para formar un todo en el arte constructivo latinoamericano actual.

Creo que lo positivo e interesante de las tendencias constructivas de Latinoamérica está en que, sin perder sus vínculos con el pasado ni su auténtica, original esencia social (pública), se nos presenta como un arte futurista en el sentido de adecuación a las necesidades existentes. Presenta al mundo una alternativa “constructiva”, no desprovista de “vitalismo” y profundamente ligada al modo de ser, hacer y sentir de los pueblos latinoamericanos.

El arte constructivo parece ser para Latinoamérica una posibilidad de comprender y aceptar lo que somos y, al mismo tiempo, una propuesta que parte de la capacidad constructiva, racional, y por ello implica una posición, digamos, optimista frente a la creciente desorganización de nuestra sociedad.

El arte constructivo mexicano es fuerte y sólido en sus fundamentos y en sus propósitos y es lo más aún porque se da en una sociedad cuyos valores fundamentales se encuentran en crisis.

Vanguardia, en este caso, significa una toma de conciencia y una “acción constructiva” que rescata los valores ancestrales de una cultura para oponerlos, en una acción renovadora, a la destrucción sistemática de valores e ideales humanos. Destrucción que parece ser el sino y el signo de nuestro tiempo.

POR: SEBASTIAN

4 de Junio de 1987